

Consolidación. Restauración. Mixtificación.

Con motivo de la campaña iniciada en «ALCANTARA» (1) por D. Fernando Bravo («Curio O'Xillo»), en defensa de la pureza artística de las obras en el Teatro Romano de Mérida, publicamos este artículo con el que el Sr. Vaca Morales inaugura su colaboración en nuestra Revista.

PARA todos los que hayan recorrido el tiempo,—mentalmente,—a la inversa de su marcha natural, es bien sabido, por el conocimiento de una serie de hechos y sus consecuencias, que los hombres de todas las épocas formaban sus grandes obras atendiendo a una gran complejidad de ideas que se esforzaban en tener presentes para conseguir el más perfecto resultado de lo que se proponían alcanzar, siendo tanto más perfecta y eficaz su obra cuanto mejor se cumplían las condiciones establecidas previamente en su programa de realización.

Estas ideas fundamentales podrían ser pocas o muchas, sencillas o complicadas, con fines más o menos elevados sentimentalmente, esto no importa; pero lo interesante es que siempre, en todos los casos, las ideas básicas eran las que tenían vitalidad propia en el momento, las actuales, las de su época. Si alguna vez se fijaban conceptos de tiempos ya pasados con disculpa de experiencia, o se adelantaban otros en imaginación del porvenir con pretensiones de previsión, el fracaso era fatalmente rotundo, ya que resultaba una obra falsa, por fuera de actualidad, por que la condición de oportunidad era indispensable para ser aceptada sin reparos.

Se ha dicho que la Humanidad puede envejecer, pero que el Hombre siempre es joven. Esta capacidad del hombre en su momento, con su doble condición analítica y sintética, le mueve—cuando piensa en su obra— a planear un lento análisis de las ideas necesarias y suficientes presidenciales de la situación, para después, rápidamente, hacer una síntesis creadora. Al pasar el tiempo aquellas ideas primordiales pueden perder su interés y llegar a ser inaceptables, pero queda permanente la obra conseguida.

Estudiar todo esto en su enorme complejidad y extensión nos llevaría seguramente a tener que hacer la historia de la Humanidad o la historia de la Cultura, que viene a ser lo mismo, por lo que tenemos que establecer unos límites, no muy separados, prudenciales y asequibles a nuestro también limitado esfuerzo, para reducirnos a las llamadas obras de Arte, y dentro de éstas, concretamente, por que tal es el fin de este artículo, a las que hasta no hace mucho tiempo se llamaban obras de Arquitectura, ya que ahora, por una extensión de vulgaridad y de falta involuntaria de respeto, aplican tan excelso nombre a muchas cosas que no lo son ni podrán serlo nunca.

(1) Véase «Crónica», números 30 al 37 y 40.

Tampoco queremos sentar cátedra de erudición para luego ponerla de vulgarización,—cosa muy fácil para cualquiera que haya leído cuatro libros que no hayan leído los demás,—por no ser este el lugar indicado, por estar ya pasado de moda y sobre todo por la necesidad de guardar las debidas consideraciones a los lectores sin ofenderles en su cultura. Recordaremos lo estrictamente necesario para intentar explicarnos y procurar conseguir su conformidad con lo que deseamos decir.

* * *

Todos saben que la obra arquitectónica es, sin duda alguna, la más difícil de realizar. Esta dificultad nace, ante todo, de poder conseguir su esencia misma, de alcanzar el fin primordial de su necesaria existencia ideológica, y luego, en el orden ya humano, por la gran complejidad de los factores que han de establecerse programáticamente—pensamiento—, por el esfuerzo técnico de vencer la inercia de los medios materiales de que se vale, —conocimiento—, y por que además ha de recibir el soplo inmaterial y elevadísimo necesario para poseer la belleza—sentimiento—, lo que ya no depende de la inteligencia ni de la voluntad humanas. Siempre fueron sentidas esas tres condiciones—desde las culturas faraónicas—sin las cuales no puede haber arquitectura, y que, mucho tiempo después, Vitruvio condensó en tres palabras: *Utilitas, Firmitas, Venusta*.

Durante todos los tiempos, tan noble arte se conseguía aceptando y cumpliendo en un tácito e instintivo convencimiento esa trinidad de ideas inmutables, y quedaron repartidas sobre la gran plataforma del mundo habitado—en riquísimo acervo—aquellas obras que son el mayor triunfo material, intelectual y artístico de la Humanidad a lo largo de su vida. Muchos hombres, casi todos los hombres conscientes, de ideas propias, llegaron a dudar de algunas actividades de esa Humanidad, pero ninguno ha dudado de su arquitectura, por que ha sido siempre la permanencia visible del esfuerzo nobilísimo del genio humano alentado por la inspiración sobrenatural, su razón y su conciencia.

* * *

Decíamos al principio de todo esto que los hombres creaban sus obras teniendo presentes una cierta cantidad de juicios y prejuicios, y hay que repetir ahora que para lograr la arquitectura esa complejidad era todavía mayor, en cantidad y en extensión, que para otra obra de arte. Pensaban en todo y como es natural en la idea práctica de la permanencia, una de las tres condiciones de Vitruvio, y que es la que más nos interesa hacer constar ahora para nuestro objeto inmediato, aunque esta permanencia no la intentasen conseguir con un carácter de eternidad, ya que en todos sus sistemas filosóficos, a veces antagónicos, siempre coincidían en lo temporal de cualquiera obra humana. Sin embargo, la arquitectura, poseía una vitalidad tan intensa que se conservaba y permanecía mucho más tiempo del que podía suponer la mente del hombre más avanzado.

Es sencillamente pasmoso como pueden subsistir todavía hoy

las Pirámides en el desierto, asombra como pueden estar aun en pie las columnas griegas, como se mantienen sin abrirse las cúpulas romanas, el permanente desafío al tiempo de los castillos en las desamparadas y combatidas cresterías de las sierras, la inalterable estabilidad equilibrada de las crucerías medievales y que continúe borboteando el agua en las tazas de mármol de las fuentes árabes. El tiempo—el gran destructor por excelencia—ha respetado la arquitectura, precisamente su enemigo más fuerte y constante y que más temieron siempre los que se enfrentaban con la condición de permanencia. No pudieron suponer, o no quisieron pensar, que había de presentarse otro enemigo mayor: el mismo hombre. Llegaron a pensar en la guerra, naturalmente, por que todos la conocían al ser la guerra tan antigua como el hombre, pero supieron tomar las disposiciones previsoras para su posible defensa. La arquitectura pudo, la mayoría de las veces, defenderse de las catástrofes provocadas por la especie humana ante la inevitable necesidad del *primum vivere* orgánico o biológico, cuando el hambre y el odio, para abrirse paso desolaban y calcinaban todo lo que fuese trabajo, sabiduría, bondad y belleza. Después se ha comprobado que la historia de la Humanidad no es otra cosa que una larga y complicada relación criticada de hechos creadores alternando con momentos de destrucción de lo creado.

* * *

A pesar de ello la mayor parte de las obras arquitectónicas, dignas de este nombre, tanto en cantidad numérica como en calidad de mérito, han llegado hasta ahora, gracias a su extraordinaria vitalidad. Algunas se han conservado casi intactas, tales como fueron elevadas, y otras heridas, mutiladas, carcomidas por la lepra del tiempo, por el desgaste de su abandono, y por los crueles ataques del hombre inconsciente. La cultura mundial y el sentimentalismo artístico se dieron cuenta del peligro que amenazaba al incalculable tesoro que los siglos le habían dejado en herencia gloriosa, y así como ante el organismo humano enfermo o mutilado nació la idea de su curación o alivio, medicinal o quirúrgico, también para la arquitectura debilitada por falta de cuidado o de vejez maltratada, se presentó la necesidad de su conservación y la de prolongar su existencia el mayor tiempo posible para memoria del pasado y gloria del arte. Y fué entregada a los capacitados y formados previamente para intentar dignamente su curación, que para más garantía estaban a su vez intervenidos y observados en su labor por otros organismos superiores integrados por quienes habían demostrado a lo largo de sus vidas poseer las condiciones adecuadas para tan difícil y elevada misión conservadora.

La idea primordial, en su más alta pureza, fué, pues, establecida y el concepto del modo de realizarla nació espontáneo, ya que no podía ser otro: con el máximo respeto—¡respeto!—a lo que todavía queda, pensando en su gloriosa antigüedad y prestigio, con pleno conocimiento de los medios disponibles y adecuados, hacer lo necesario y nada más que lo absolutamente necesario para impedir la

total desaparición de las venerables ruinas. Ellas serán bastantes, tal como están, para decir por sí mismas lo que fueron completas en sus días de esplendor. Su lenguaje no podía ser entendido por todos, y nada más que por una minoría selecta y depurada, pero la más respetable en este caso y no atender a la mayoría de menor nivel cultural, que por otra parte no se preocupa mucho de estas cosas. Cuando el nivel de esa mayoría se elevara ya sería comprendido y aceptado el criterio seguido de pureza y austeridad.

Conseguir esto no era fácil. Había que establecer, primeramente, los medios necesarios para *impedir* que continuase la destrucción por los enemigos de siempre, era una labor de «defensa», y después *colocar* los elementos materiales adecuados para fortalecer su organismo—su estructura—debilitada y en peligro de caída, era un trabajo de «consolidación». Además, se fijó una condición importante e indispensable: estos elementos fortalecedores no serían del mismo tipo o clase que los fortalecidos, para evitar la confusión de unos y otros, de los antiguos verdaderos y los nuevos agregados con el fin de que en todo momento pudiera ser apreciada claramente la diferencia entre ellos. La conformidad fué universal. El respeto unánime triunfaba sobre cualquier opinión secundaria o personal.

Las naciones ricas en arquitectura de sus pasados esplendorosos aceptaron complacidas el criterio austero de defensa y conservación de sus gloriosos testimonios monumentales: en Egipto se impidió que continuase la caída de las piedras del revestimiento de las Pirámides, se apartaron las arenas que invadían la gran Esfinge, se aislaron los templos de Luxor y de Karnac quedando tal como estaban con sus ruinas y mutilaciones. En Nínive y Babilonia se conservaron los restos de los palacios de Sargón y Nabopolasar respetando su estado y así en Persépolis, en Susa, en Sarvistan y en Ecbatana. En la Acrópolis de Atenas quedó mutilado e incompleto el Partenón sin pensar en poner de pie las columnas caídas ni retocar las cabezas de las cariátides de la tribuna del Erecteo. Italia, que tenía, y tiene, un nivel sentimental tal vez superior al cultural, conservó sus grandes monumentos en el mismo estado de forma que tenían en el día que se procedió a su consolidación: el gran Coliseo se reforzó con contrafuertes y puntales de ladrillo nuevo, bien visibles claramente sobre las piedras augustales y miliarias en su función reforzadora; los Arcos triunfales, los Foros, los Templos, las Termas, tienen ahora nada más que las piedras de su tiempo, en sus mismos lugares y con la idéntica misión de siempre, las piedras caídas siguen en el suelo. Y así todo Roma, y Florencia, y Pisa, y Bolonia, y Venecia...

Pero una de las cosas más difíciles de conseguir es guardar el debido respeto a los demás y para consigo mismo. Una respetuosa actitud de muchos años mantenida por el temor o la disciplina de alta educación cae al suelo en un momento de confianza. El respeto del hombre consigo mismo es casi una entelequia, no depende más que de las circunstancias. Con el hábito y la confianza de tratar y operar sobre la arquitectura del pasado se perdió el temor a la responsabi-

lidad, poco a poco se excedieron de las ideas fijadas para su conservación y por la vanidad—todo y siempre por la vanidad—de unos y de otros, desde los príncipes hasta cualquier mediocre crítico de Arte sin solvencia exigieron entusiasmados los fáciles éxitos de lo que llamaron enfáticamente «restauración». Abierto el camino su recorrido ya no admitía freno alguno: la osadía, la soberbia, el personalismo, la fuerza del dinero o del poder, se pusieron al servicio de la ignorancia, del mal gusto y de la vulgaridad, fomentando la indisciplina sentimental de la mayoría fácil. Fué en Francia,—que al contrario de lo que decíamos de Italia—, tiene quizá un nivel cultural más alto que el sentimental,—donde usaron y abusaron del nuevo sistema: en los monumentos romanos del sur colocaron piedras nuevas en los huecos en que faltaban las auténticas, algunos claustros románicos fueron casi reconstruídos en imitación falsa de lo que tuvieron antes, y muchos castillos góticos se pusieron en estado de «nuevos» durante la época romántica. El efecto de todo esto era deplorable y su visión entristecía, aunque tales renovaciones no eran caprichosas ni ejecutadas por indocumentados, ya que al frente de la tendencia de moda iba como portaestandarte nada menos que el talento indudable de Viollet-le-Duc, que además de un gran arquitecto era un sabio arqueólogo y un delicado artista. Sus trabajos eran de una fidelidad asombrosa, proyectados, estudiados y realizados con su reconocida autoridad plena de prestigio. Los artistas libres, más que por artistas por poetas, Víctor Hugo, la George Sand, Musset, Balzac... lanzaron sus gritos de protesta, que no eran contra la veracidad de las restauraciones, sino por el hecho mismo de la cantera, queremos sentir la emoción de las viejas piedras patinadas por los siglos, ver el musgo en las juntas de las losas y el contraste de la yedra secular sirviendo de fondo oscuro y vivo al mármol palpitante de las estatuas clásicas. Estáis borrando las huellas de la historia y los recuerdos, destruyendo ambientes y profanando lugares: aquel trono de piedra junto a la columna rostrata fué asiento de un Cónsul romano, sobre ese altar puso sus manos oficiantes un sacerdote que hoy está santificado, bajo esa puerta estaban las manchas de sangre de un mártir de la patria, en aquel púlpito predicó su teológica sabiduría el fundador de un nuevo sistema, esta ventana era el marco que rodeaba la figura de la mujer más hermosa de su tiempo, al lado de esa fuente escribió sus cantos de amor el poeta inmortal.

También los «estéticos» razonaban queriendo llevar su convencimiento a los equivocados: no es posible *resucitar* la belleza, no se puede superponer a una belleza antigua una belleza nueva por que la hacéis desaparecer, nadie es capaz de *repetir* la que ya existía, ni fundirla en nuevos moldes. No creáis que la belleza propia de una columna del siglo de Pericles podéis *trasladarla* a una columna igual labrada en vuestro siglo. Porque está escrito: la Belleza es única y nace con la creación, no con la imitación.

Por su parte, los señores de las Academias, se limitaron a ser

observadores, tan acobardados como siempre y faltos de energía se volvieron de espaldas sin querer saber nada.

El efecto de las restauraciones sugería inmediatamente ese ejemplo vulgar aplicado a la figura humana: el aspecto severo y noble de aquella gran señora de cabellos blancos, guantes de encaje en manos surcadas de venas azules, evocador de la belleza y vitalidad de una hermosa juventud, se había transformado en un maniquí de cabellos teñidos, cara pintada, escote empolvado y dientes postizos. Ciertamente que el color del pelo era el mismo que tuvo en su mocedad, los matices de la cara iguales a los de su tiempo primaveral, los dientes del más auténtico marfil, pero... la venerable figura llena del empaque de la ancianidad se había convertido en una ridícula y risible estantigua.

El abuso siguió su marcha acelerada aplaudido por muchos. ¡Una Catedral gótica reconstruida en el siglo XIX! ¡Una Alcazaba árabe rejuvenecida en el siglo XX. ¡El caos permitió que algún almacenista rápidamente hecho millonario pudiese comprar los restos de un soberbio castillo y lo mandase restaurar a todo plan, lo llenase de cosas adquiridas en almonedas y se instalase, para vivir, —según se creía él,— como el duque que lo hizo construir.

Afortunadamente pronto se produjo la inevitable reacción que sigue a todos los abusos. La cultura y la educación que antes eran propiedad de los menos, se hicieron asequibles a los más, el nivel intelectual y sentimental fué elevándose en altura y los dirigentes, al ser más dignos de autoridad, atendían los asesóramientos de los capacitados. «Las columnas que están de pie conservarías alzadas, pero las caídas dejarlas en el suelo». ¿Quién se atrevería a ponerle brazos nuevos a la Venus de Milo? La bóveda de la Capilla Sixtina, tiene grietas en sus estucos, fáciles de tapar, pero ¿quién fuera osado de poner sus pecadoras manos sobre las pinturas de Miguel Angel? ¿Qué trabajo costaría reconstruir todo el Foro de Roma? ¿Con qué derecho se repintaría la *Cena* de Leonardo, en su dolorosa e inevitable destrucción?

Pero no en todas partes se ha llegado todavía a ese mínimo nivel necesario para poder sentir el respeto a lo indefenso, que precisamente por eso, por no poderse defender es más digno de ser respetado. Aun no es posible, por desgracia, que las mayorías sientan el gozo de la austeridad de un buen gusto depurado por la larga educación, pero corresponde a alguien el advertirles de su error, en bien suyo, y no complacerles con «*panem et circensis*» o «pan y toros», que en arte quiere decir lo que se perciba más fácilmente, lo de relumbrón y chin chin, sin graves emociones sentimentales. Las viejas ruinas incompletas no hablan a gritos, lo hacen en voz baja, como pide la «Noche» de Miguel Angel en el sepulcro de los Médicis. Se prefiere lo vocinglero de aspecto agradable y entrar de lleno, en violenta toma de posesión, en esas ruinas, recubrirlas de cosas nuevas, limpias, recién hechas, elevarlas, completarlas, cubrir-

las, pavimentarlas y hasta ponerles puertas y ventanas. «¡Qué bonito queda ahora todo esto!» «¡Qué trabajo y sabiduría revelan estos resultados!» No existe tal dificultad, el tema es facilísimo de resolver.

Y aun era poco todo eso. Las pequeñas dificultades que un momento y de tarde en tarde pudieran presentarse no merecían la pena de detenerse a resolverlas dignamente si había medios de salvarlas sin gran molestia. El delito de lesa arte que significa toda restauración fué sobrepasado con otro de mayor gravedad: el de la «*mixtificación*» y el de la «*imitación*». ¿Quién piensa ya en aquella *Lámpara de la verdad*, una de las siete de Ruskin? No es necesario buscar materiales de la misma categoría que los del monumento habiendo otros de más fácil adquisición o rápida manipulación. No se substituye un mármol con otro mármol, basta un estuco cualquiera, en donde hubo bronce se pone calamina, un cristal fundido en colores invariables se cambia con un vidrio teñido pobremente, las finísimas láminas de oro puro son ahora purpurinas de barniz.

Y así se ven por todas partes las crueles profanaciones, ante la indiferencia de unos o el silencio interesado de los otros. En un palacio de reyes árabes se ponen vigas de hierro disimuladas para salvar la situación; en los alcázares imperiales hay losas de hormigón de cemento armado; artesanos mudéjares tienen vigas metálicas ¡*forradas!* de madera; se hacen almenas almohades con tierras teñidas de color de vino para dar sensación de antiguas, un puente romano tiene dovelas de cemento imitando piedra, retablos de los grandes maestros son repintados y dorados falsamente por pintores de puertas y ventanas, y en el grandioso Teatro Romano, orgullo del arte y de la arquitectura de su época, entra el cemento en invasión creciente para hacer posible un teatro romano del siglo XX sobre el que quedaba de los siglos augustales.

De un modo lento, pero continuo, nuestro gran tesoro de arte y de historia se va destruyendo, no ya por el tiempo, ni por la guerra, ni por el abandono o por intereses bastardos, si no por los criterios mantenidos a todo trance y por la vulgaridad de los sistemas. Es triste que siga el avance ante la indiferencia general, pero lo más lamentable y hasta doloroso es que se realice con la aprobación de las minorías conscientes y selectas, aunque en el fondo de sus conciencias palpite íntimamente el convencimiento de tan graves errores, ya incorregibles.

Aunque no queden muchas esperanzas de salvación no es posible renunciar a levantar bandera de llamada, no un trapo flameante de osada rebeldía sino un guión serio y sincero de agrupación de deberes y de comunión de nobles deseos. El que hayamos leído el «Quijote», —varias veces,— no es razón para quedarnos en casa al lado de la lumbre. Además no se trata de arremeter lanza en ristre a los molinos, ni tocar las campanas a rebato, lo nuestro no es más que una dolorosa lamentación con aspiraciones de que sea escuchada, para bien de todos.—Así sea.

F. VACA MORALES